

# En el vientre del atañor

Vicente Francisco Torres

I

En *Oficio: arder*<sup>1</sup> Efraín Bartolomé reunió diez libros y tres lustros de creación artística que iniciara con *Ojo de jaguar* (1982), un texto sumamente afortunado que traía fragancias de lluvia y clorofila.

Sus dos primeros libros fueron dos proyectos bien definidos: en *Ojo de jaguar* la naturaleza estaba asociada a la infancia de Bartolomé, que se continuaba en la de sus hijos que ya llegaban a la casa de antaño, en Ocosingo, Chiapas, donde la selva se había convertido en jardín. Su hija Silvia era silva y selva mientras Balam, el nombre del hijo, era homenaje a *Chilam Balam*, cifra de libros mayas pero también reconocimiento al más famoso de los chilamoob o sacerdotes, Balam, quien predijo la llegada de una nueva religión, distinta a la de los mayas. *Ojo de jaguar*, libro raigal, esperará todavía a Celina, la fruta celeste.

*Ojo de jaguar* es tributo a la tierra nativa y en él poco se habla del hombre; se canta al cafetal y a la ceiba, al río y a las fieras, a las guacamayas y a las iguanas, a la noche y a los murmullos del monte. Junto a la sombra paterna sólo se yerguen dos figuras amadas: la de Gertrude Duby, fotógrafa suiza que entregó al mundo miles de imágenes de la selva lacandona, y Juan Ballinas, aquel finquero que fundara El Paraíso que, como en *María*, de Jorge Isaacs, instalaba el edén en el trópico y en el corazón del paraíso ponía la casa paterna. Hoy sabemos que Ballinas llevaba la misma sangre del poeta, por eso en “Donde habla la ceniza” el panteísmo genésico reconcilia al ser urbano (en que se

<sup>1</sup> Efraín Bartolomé, *Oficio: arder*, UNAM, México, (Poemas y Ensayos), 1999, 545 pp.

convertiría Efraín) con la manigua de hace seis décadas.

*Ciudad bajo el relámpago* (1983) expresión del deslumbramiento y la dureza urbanas dejará atrás las blanduras y los vapores tropicales; no más monos ni catedrales verdes, ahora el aullido es el del hombre que transita por el asfalto vivo y venenoso que cantara Efraín Huerta. El común denominador de los dos libros es el verso serenamente ritmado, grávido de elementos vitales, de afirmaciones y preguntas sobre la condición humana:

Esto empezó con besos y acabó en odios  
[ciegos

Ahora es un rosario de dolores  
y sordos y llagados lamentos

Alacranes en doble dirección  
fluyen

cuando los labios quieren  
acercarse de nuevo.

El sol y la luna han sido, en la obra poética de Efraín Bartolomé, como el norte y el sur, puntos cardinales de donde el erotismo siempre sale victorioso. Así lo atestiguan *Música solar* (1984) y *Música lunar* (1991), en donde aparece la requisitoria ecológica al hablar de los inexistentes sabinales de tiempos de Sabines y, cuando el poeta piensa en sus descendientes, escribe:

¿Qué habrán de hacer  
si el río empieza aquí  
y aquí termina?

En medio de la desolación y la tristeza de las vidas grises y del señalamiento de la estulticia política, en *Cuadernos contra el ángel* (1987) resplandece la voluntad de apurar la vida, de ser testigo del instante y del mundo, de vivir con tanta intensidad como nadie más:

He aquí que soy poeta  
y mi oficio es arder.

En *Cantos para la joven concubina* (1991) Efraín vuelve a la selva y a la fertilidad, a la infancia, la casa paterna y las aguas del río, del cenote y del mar. Entrega un soberbio homenaje a la Ceiba majestuosa, con su mole vetusta, símbolo del mundo natural que sucumbe ante las hachas y motosierras que, impotentes, piden ayuda a la dinamita. Ella miró crecer a los niños y levantar los muros de las iglesias, que con los años se derrumbaron. Ella vio entrar la enfermedad en los jacales y extenderse la mancha de casitas junto al río. Por esto el poeta se solidariza con la idea de conver-



tir las ceibas mayores de cada pueblo en monumentos nacionales.

*Corazón del monte* (1995), quizá su libro más orgánico en cuanto a planteamientos y tan hermoso como *Ojo de jaguar*, se abre con el nacimiento de un volcán, presagiado por un silencio absoluto y por el movimiento atípico de los animales. Los perros se inmovilizan y tiemblan los corazones de monos y colibríes. Este volumen que combina el poema en prosa con el verso medido y pesado dirá que la erupción tuvo lugar en 1982, que alcanzó diecisiete kilómetros de altura y consumió las alas de las aves en pleno vuelo; *el corazón caliente de la tierra quería mirar el mundo*. En la sierra de Pantepec, Chiapas, varios pueblos quedaron sepultados y el volcán fue bautizado con el nombre de un árbol que abundaba en las laderas: Guarea chichón. Y de aquellos chichones no quedó uno.

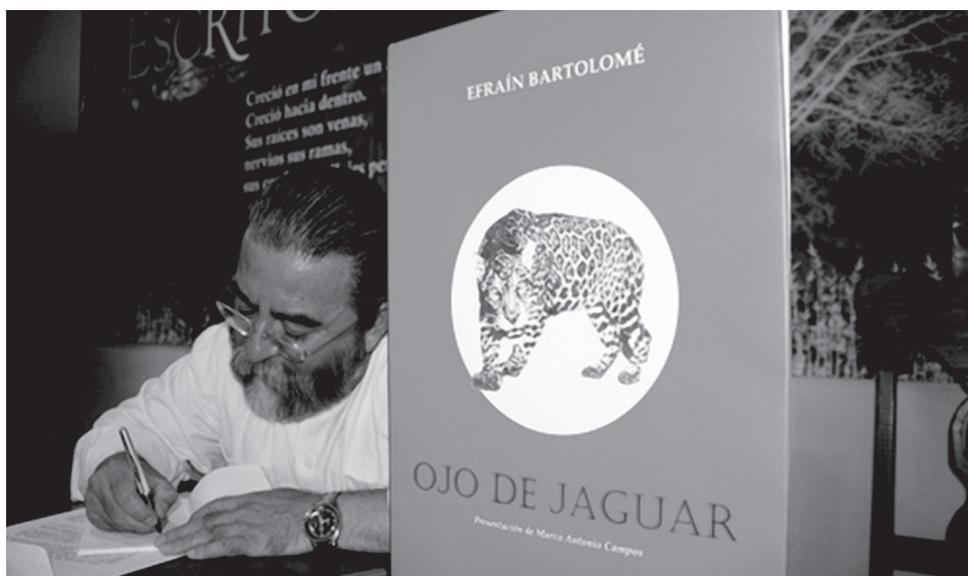
El tema recurrente: en *Corazón del monte* (1995) Efraín vuelve a su tierra y a su infancia; se describe construyendo muros y colocando vigas, deambulando por los cerros, tiñendo telas y trabajando hombro con hombro con el herrero. Soñaba ser el poeta que iba a escribir estos versos:

El venado es la mejor carne que corre  
El faisán es la mejor carne que vuela  
Ella es la mejor carne que ama.

Y estas líneas:

En cada uno de sus pechos  
dejó la dulce Noche  
sus huellas digitales.

Del Ocosingo (puerta del ocotal) de su infancia dice que toda la tierra era paraíso; un mundo surcado por arroyos diáfanos y poblado de manantiales. Todavía no se enfermaba de las moles y las capas del progreso. En el centro de este volumen fundamental hallamos un repaso de la historia de la tierra de Efraín. Empieza en los siglos XVI y XVII con frailes, soldados y encomenderos y entrega un desfile de exploradores —John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood—, escritores (B. Traven, Pedro Vega), peones, finqueros, muchachas mancilladas, antropólogos, lacandonos, humildes artesanos, campesinos y refugiados en busca de



Efraín Bartolomé

tierra para sembrar, teólogos de la liberación y, acechando, el guerrero, porque el poeta, en 1992, año en que escribió el poema, apunta que todo mundo veía la revuelta que fermentaba, menos los gobiernos.

La cita con animalia y con el poema breve, cercano al aforismo, se cumplió en 1997 con *Avellanas*:

El astrónomo define la noche  
El poeta sonríe.

Y al final de la compilación poética que entregara en 1997 dijo que todo se lo ha dado la poesía: el placer y el dolor, lo siniestro y lo luminoso y, lo más importante, el conocimiento del mundo a través de la emoción, más que de la razón.

*Oficio: arder*, volumen vivificante que nos llenaba de aire puro y rumores cristalinos, llevaba la selva al jardín de los lectores.

## II

Y el quehacer poético, que nutrió aquel grueso volumen de la colección Poemas y Ensayos, ha hecho tan notoria la presencia de Efraín en la literatura mexicana que acaba de surgir su biografía precoz, un primer volumen (*Los versos y la sangre. Vida y obra de Efraín Bartolomé*), de Héctor Cortés Mandujano. Se subtitula *En el vientre del atamor* como un homenaje a los alquimistas que, en sus hornos, anhelaban convertir metales viles en oro. Así el poeta hace obras de arte con las palabras que ruedan y suenan.

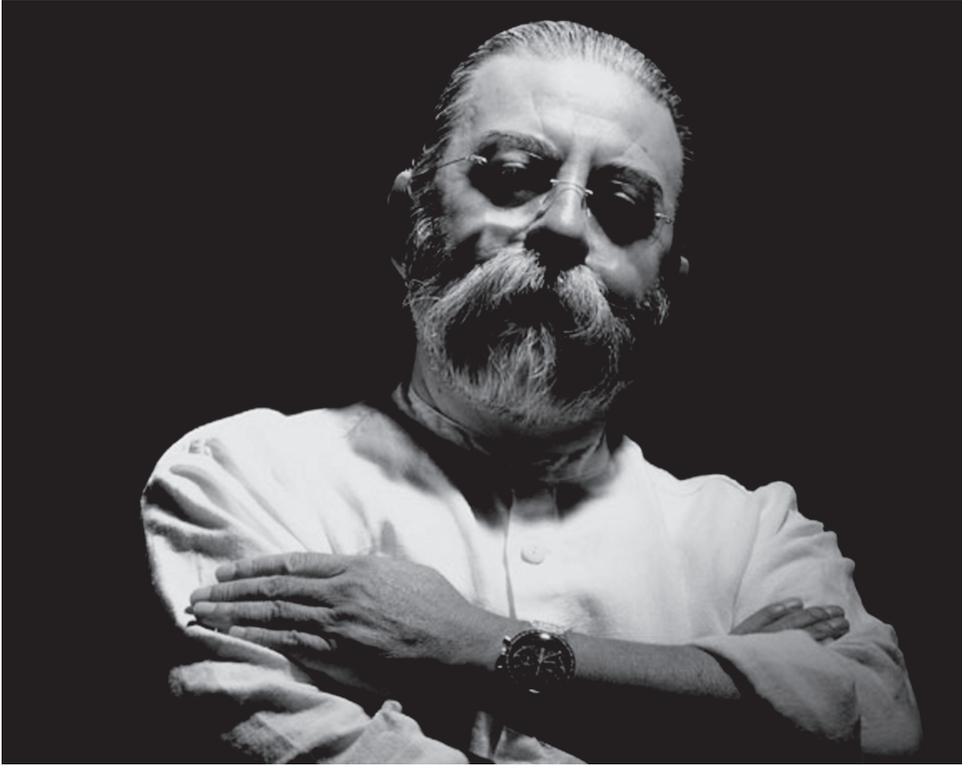
Del mismo modo en que los alquimistas derivaron de su ardua tarea (que han documentado las fachadas de las catedrales góticas) un sistema de pensamiento, Efraín fue construyendo una visión del mundo, panteísta, llena de luz, que tiene como centro el sol, símbolo para los *labradores celestes* del oro, vale decir, la más pura elaboración que el quehacer humano pudiera lograr.

*En el vientre del atamor* comienza por fijar la genealogía en la raíz más fuerte y prestigiada, la del tatarabuelo Juan Ballinas, venerada desde los primeros trabajos poéticos pero que hoy se yergue con la importancia histórica que realmente tuvo.

En el finquero chiapaneco Juan Ballinas (1824-1905) quedó cumplido dramáticamente el refrán “Nadie sabe para quién trabaja”.

Recién casado, a la edad de veintiocho años, va con su esposa a fundar una modesta finca, El Paraíso, a diez leguas de Ocosingo. Ante el bajo precio de los productos que cultivaba (frijol, maíz, tabaco y azúcar) concibió el sueño de explorar lo que hoy conocemos como selva Lacandona para encontrar un camino que comunicase a Chiapas con Guatemala y poder así explotar los bosques que, en aquella época, estaban llenos de caoba, cedro “y toda maderera de ebanistería”.

A comienzos de los cincuenta, el danés Frans Blom y su esposa la fotógrafa suiza Gertrude Duby pasaron por El Paraíso y solicitaron a los descendientes del explorador que les permitieran copiar el diario que llevó Ballinas, mismo que editó el matri-



monio.<sup>2</sup> En ese volumen se da cuenta de los vanos esfuerzos que hizo Ballinas para que el gobierno chiapaneco apoyara la expedición con hombres, sueldos y armas. Nada obtuvo y con sus magros recursos hizo varios intentos que coronaron su sueño después de dos años de esfuerzos. La crónica de esta empresa, animada por la pasión, siempre fue aupada y poco se detiene el autor a mencionar las lluvias torrenciales, los ataques de fieras o las plagas de insectos. Eran tiempos en que los ríos caudalosos, los acantilados, los tigres y la vegetación exuberante no permitían el paso de los ladinos, porque los lacandones, habitantes de la región, eran considerados una especie de caníbales que atrapaban a los mestizos, los encerraban en chiqueros y los engordaban con plátanos verdes.

Ballinas logró su objetivo y pudo salir al Petén, en donde fue apresado por considerarse invasor. Después de hablar con el presidente de Guatemala, fue a Chiapas y el gobernador lo quiso extorsionar. En lugar de reconocerle la proeza del descubrimiento de los bosques y sus salidas le quiso hacer firmar un documento en donde se asentaba que su gobierno había costado las expedi-

<sup>2</sup> Juan Ballinas, *El desierto de los lacandones. Memorias, 1876-1877*, Publicaciones del Ateneo de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 1951.

ciones. Ante la negativa de Ballinas para firmar, fue acusado de talamontes. Marchó a Tabasco y se entrevistó con el gobernador Policarpo Valenzuela, a quien le propuso explotar los recursos madereros pues, si se echaban las trozas a las aguas del río Jataté, tributario del Usumacinta, saldrían a Teno-sique. Valenzuela lo engañó, lo ignoró y, en contubernio con Bulnes y Cía., autorizó la creación de una montería que inició el desastre ecológico de la región. Sobra decir que Ballinas, despreciando a los políticos y burócratas, se alejó de todo proyecto empresarial y se dedicó a trabajar la tierra.

A Ballinas y a su compañero de empresa, Manuel José Martínez, también finquero de Ocosingo, quien lo acompañó en al menos cinco entradas a la selva entre 1874 y 1875, se les atribuye el bautizo de la región como Desierto de la Soledad.

Si en su infancia y ante las primeras lecturas Efraín pensaba que los libros de versos salían a relucir a la muerte de los poetas, que eran cosas póstumas, cuando tuvo entre las manos su primer libro experimentó una sorpresa mayúscula. Lo mismo sucedió cuando Héctor Cortés Mandujano le propuso hacer una larga entrevista sobre su vida; cayó en la cuenta de que ya era dueño de una biografía artística digna de escribirse.

Aunque el libro es una larga entrevista, las preguntas han desaparecido para dar

paso a las voces de hermanos, tías, primos y también tenemos el testimonio de su padre.

Si el nombre (como la infancia) es destino, debo destacar que Efraín recibió ese nombre por su tía Celina, fervorosa lectora de *María*. Don Juan Ballinas, arrobado ante la belleza del sitio en donde vivía, se preguntaba cómo describiría la finca un poeta. Trópico, paraíso y poesía estaban echados en los dados.

Cuando Efraín habla de la finca de su abuelo, que tenía el mismo nombre del escenario de la novela de Jorge Isaacs, comenta: “Estar en El Paraíso era estar en el corazón de la naturaleza y del misterio”.<sup>3</sup> El Paraíso se mantuvo como una presencia constante en su imaginario, tal como dice a su biógrafo: “Todos mis días y mi trabajo al servicio de la Poesía han sido, desde entonces, un permanente intento de volver al Paraíso; de volver *al* paraíso”.<sup>4</sup>

Si Justo Sierra afirmó que “el medio hace al hombre”, de Efraín puede decirse que Chiapas (Ocosingo en particular), hizo al poeta, le dio los sonidos, los colores, las formas, las fragancias y la vida que nutre su poesía raigal y ubérrima:

Luego el beneficio del café comenzó a hacerse en la casa del pueblo y todos participábamos escogiendo, lavando, soleando, rastrillando, sacando y metiendo el café hasta que estaba seco y encostado. La casa que, según la gente, *era como un ranchito* a dos cuadras del parque central, era un típico hogar productivo donde los niños colaborábamos en todo: en el café, barriendo los patios, sembrando arbolitos, cortando fruta, alimentando a las aves de corral, recogiendo huevos, haciendo corralitos para las plantas, alimentando a los caballos, etcétera. Todo esto me gustaba mucho pero lamenté ya no pasar las vacaciones en el rancho. Lo lamenté porque esa experiencia era, aunque yo no lo sabía entonces, otra lección de poesía: me ponía en diálogo con los misterios de la luz y la oscuridad, con la flora y la fauna de milpas, potreros y cafetales, con los cuentos noc-

<sup>3</sup> Héctor Cortés Mandujano, *Los versos y la sangre. Vida y obra de Efraín Bartolomé. Tomo I. En el vientre del atamor*, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas / Conaculta, México, 2010, p. 38.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 80.

turnos, con los sonidos de los insectos y de las aves en el día y en la noche.

La casita del rancho está al pie de un cerro que era en ese entonces ocotal y roblar y yo me atrevía cada vez más explorando en soledad esos territorios: entonces podía oír el murmullo del viento en los pinares y los sonidos de gallinitas de monte y codornices o el movimiento súbito de liebres o animales más grandes. En una especie de poza que se hacía en tiempo de lluvia veíamos con frecuencia rastros de pécarí o cascajitos (así les decía Lupe Ruiz, gozoso cazador y compadre de mis padres, a las huellas) de venado.<sup>5</sup>

Con el tiempo y los estudios —quizá también gracias a la influencia de la bisabuela Angélica, la farmacéutica— llegó la concepción del quehacer poético como un trabajo alquímico: “Empecé a escribir en la primaria y seguí haciéndolo en lo sucesivo. Renuncié a casi todo lo demás para entregar mi vida a las experiencias, a las emociones que luego de su cocimiento alquímico transformarían la materia bruta en oro”.<sup>6</sup> Luego vendrían las nociones del oficio y el impulso primigenio hacia la creación:

Con los años descubriría que para mí las imágenes y el sentido de los poemas han de cabalgar sobre la música. Si algo de eso falta el poema cojea. Eso y la debida dosis de misterio hacen el milagro de la comunión emocional con el lector.

Como los buenos vinos llevo en mí las huellas del sol y de la tierra. Descubrir un día que el paraíso se estaba desvaneciendo inexorablemente y que sólo la palabra poética podía fijarlo para el ojo de mi hijo fue el acto de conciencia que generó el impulso poético inicial.<sup>7</sup>

Pero no sólo el paraíso terrenal se extinguía; la finca fundada por su tatarabuelo también se acabó con la llegada de los zapatistas.

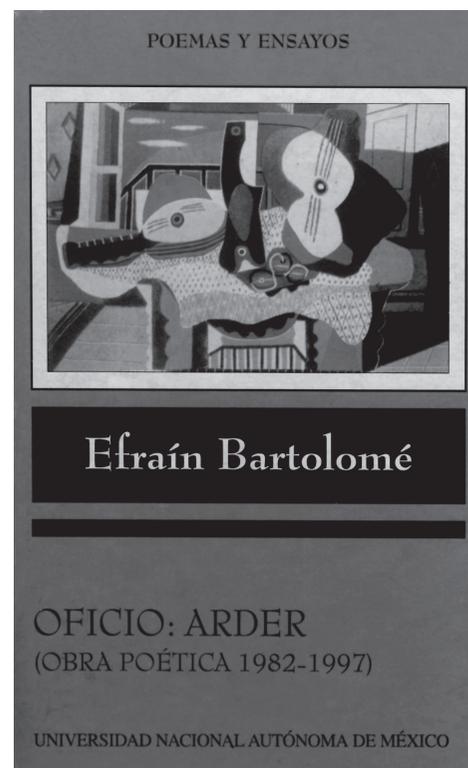
El primero de enero de 1994 Efraín estaba de vacaciones en la casa paterna y fue testigo privilegiado del levantamiento de los indígenas. Llenó un par de libretas con



una cronología de esos hechos trágicos y por momentos cómicos —secuencia medida con el reloj que le hurtaron los policías mexicanos en el reciente allanamiento de su casa. Recordó el Ocosingo de su infancia, cuando era la puerta a una selva verdadera y registró que la gente seguía lavando su ropa y tostando su café, que las aves continuaban con sus ruidos y parloteos sin importarles la metralla. Los habitantes más ingenuos decían: “¿Por qué chingados vienen a hacer sus guerrillas adentro del pueblo si tanto monte que hay?”.<sup>8</sup>

Su visión del alzamiento no es complaciente: los indígenas fueron arrastrados por hombres de las ciudades, universitarios que los lanzaron a la aventura con bayonetas improvisadas y rifles de madera mientras ellos llevaban en la espalda aparatos de telecomunicación.

Al correr de las páginas la crónica deja de ser objetiva y toma un giro ecologista, de señalamiento social y, claro, también se afana en la línea poética. La destrucción y la deforestación tienen varias caras. Una es la de la explosión demográfica y el progreso, otra la de los invasores de tierras, y una más la de los políticos ignorantes: “Era tierra virgen, mucho cedro, monos, animales de



monte. El gobernador Velasco Suárez decretó la afectación de esas tierras y obligó a destruir la vegetación, *porque era tierra ociosa*.<sup>9</sup> Ni los sueños utópicos de algunos extranjeros fueron respetados:

Los problemas empezaron en 1975, cuando estábamos luchando por la carretera [...] Hubo otra invasión en El Cacao, propiedad del doctor Enrique Stapool, un inglés que compró ese terreno para conservar la selva. No quería que se tumbaran árboles. El ingeniero Andrade, el topógrafo que hizo el deslinde, me contaba que al trazar mojones para deslindar, el doctor Stapool se negaba a que se tumbaran los árboles. Le pagó más para que le hiciera su escuadra a cada árbol y no tener que cortarlos. *Todo le salió más caro pero no dejó que se tumbaran árboles*, decía el ingeniero. Raro le parecía. Miraba al doctor Stapool como excéntrico, como un poco loco. *No quiere que se tumbe el monte*.<sup>10</sup>

Como todo escritor auténtico, Efraín siempre vuelve a sus lares, aunque con distintas herramientas entre las manos. La poesía, la crónica y la biografía se le han dado con la misma eficacia porque laten con un mismo corazón, verde pero en llamas. **U**

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>8</sup> Efraín Bartolomé, *Ocosingo. Diario de guerra y algunas voces*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1995, p. 96.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 229.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 233.